

que leí esta obra que jamás se representó, le encontré bellezas y simbolismos (sí, simbolismos que en "Federico" sí se entienden), pero ya la versión del nuevo director destruyó la interpretación que yo le había dado, y me interesa mucho saber en qué estaba yo equivocado. ¿Por qué la mecanógrafa (que en la adaptación nunca se sabe que es mecanógrafa) es una anciana? ¿Por qué el viejo se viste de mujer e interpreta la Máscara? ¿Por qué no aparecieron el arlequín y el payaso? Y no sigo, porque son tantos "porqués", que necesitaría todo el Suplemento de México en la Cultura para mí solo. Deben tener paciencia conmigo Julio Castillo y su pléyade de admiradores: recuerden que soy un viejo cáscara y se debe ser comprensivo y caritativo con la "momiza". Tengo treinta y siete años, pero para los "chicos *in*", eso equivale, comparado con ellos, a mil años luz de distancia. Y tienen razón.

Para terminar, unas felicitaciones a Margarita Isabel, Angelina Peláez y Pilar Souza, quienes están muy bien como actrices, sobre todo la primera, y Juan Ángel Martínez y José Luis Castañeda, que de los hombres fueron los únicos que me proyectaron una verdad escénica. ¡Qué viejas suenan estas frases! Ya ni siquiera sirvo para cronista teatral: le pediré a Carlos Monsiváis que ocupe mi lugar. Yo me iré a sentar al parque a darle de comer a las palomas.

13 de julio de 1969

#### A PESAR DEL DIRECTOR

Srita. Beatriz Sheridan  
Teatro Ofelia  
México, D. F.

Mi querida intérprete:

A lo largo de más de tres mil años de literatura han ido surgiendo de la mente de los buenos autores heroínas de ficción que, por su fuerza dramática, por sus rasgos psicológicos, por su identi-

ficación con problemas reales, por el paralelismo existente con mujeres verdaderas, se han convertido en símbolos vigentes y han adquirido una vida propia, como si hubiesen existido en la Tierra. Desde Electra, Medea, Fedra, Antígona, y luego Dulcinea, Melibea, Celestina, Ofelia, Julieta, Desdémona, Rosalinda, Isolda, Virginia, Manon, Madame Bovary, Margarita, Alfonsina, Fabiola, Eugenia Grandet, Helena de Troya, Colombina, Jezabel, Ximena, Ligia, Lisístrata, Musetta, Fortunata, y tantas otras cuya lista llenaría toda una página, hasta llegar a mí, que de la literatura dramática contemporánea soy el personaje de ficción que ha tomado vida entre los humanos: Blanche Dubois, la protagonista del drama *Un tranvía llamado deseo*, de Tennessee Williams. Yo, Blanche, estoy al lado de las mujeres-símbolo. Y no deja de ser interesante, aunque parezca triste, lo que represento. Si Medea es la venganza, Electra el amor desmedido, Julieta la pureza, Dulcinea el ideal, Helena la belleza, Colombina la gracia, Alfonsina el amor imposible, Lisístrata el ingenio, Musetta la coquetería, Fabiola el martirio, Fortunata el adulterio, Bovary la doble personalidad, Jezabel la seducción, Desdémona la víctima, etcétera, yo vengo a quedar identificada como Blanche Dubois, la frustración. Por tanto, para interpretarme cabalmente, una actriz necesita ante todo sentir, comprender, analizar, proyectar esa frustración. Sería necesario elaborar otra lista de nombres para recordar a las actrices que se han convertido en Blanche desde lo alto de un escenario, por lo que sólo nombraré la que yo considero la mejor Vivian Leigh. Quizá porque ella, como yo, vivió esa frustración, no como artista, sino como mujer.

En México, país con el que tanto me identifico porque hay en su territorio, sobre todo en lo que ustedes llaman provincia, miles de mujeres cuyo segundo nombre es Blanche Dubois, sólo he sido interpretada en el teatro dos veces: la primera por María Douglas, actriz excepcional que gracias a mí se consagró ante el público y ante la historia del teatro, y la segunda por ti, pequeña pero muy grande Beatriz Sheridan. De María Douglas ya no hay nada que decir: es una actriz a la que los sufrimientos reales la han hecho agigantarse en el escenario para culminar en el arte del buen decir en *María Egipcíaca*. Pero de ti se puede decir mucho. Desde

este nebuloso lugar donde estamos las que no fuimos pero que, sin embargo, siempre hemos sido, te vi en la pieza cubana *La noche de los asesinos*, y pude darme cuenta de que naciste actriz. Me preguntaba por qué no se te brindaban constantemente oportunidades de demostrar lo que vales, pero ahondando un poco, tan sólo un poco, en el medio artístico en el que te desenvuelves para tu desgracia, contesté mi pregunta. Los empresarios y directores mexicanos son ciegos como topos, de allí que el teatro en tu país sea pobre a pesar de contar con tantos y tan excelentes elementos. Pero no descubro que seas Blanche Dubois en la vida real: no te frustras porque no te dan trabajo: los que no somos, y los que son, es decir, los que tienen conciencia de la vida y del talento, sabemos lo que vales. Que eso te baste: te aseguro que es suficiente para no llegar a la frustración.

Tu labor como actriz quedó de relieve no solamente por la interpretación que de mí hiciste, una de las mejores que he visto, sino porque lograste triunfar a pesar del director de escena, quien hizo todo lo... (iba a decir humanamente) diabólicamente posible para que fracasaras. Entre algunos directores mexicanos existe un sentimiento de sadismo que yo no comprendo: hace unas cuantas semanas uno de ellos acabó con una espléndida concertista, y ahora tu director quiso hacer lo mismo contigo. Pero no sabía que entre su talento y el tuyo hay varios años luz de distancia. Pregúntale, por favor, ¿por qué te marcó esos tonos que estuvieron a punto de hacerte caer en el más despiadado de los ridículos, y que son una mezcla de graves y agudos como si yo fuese un personaje cómico? ¿Piensa tu director que así hablamos en los Estados Unidos las mujeres que nos aferramos a un pasado, o que queremos transformar un terrible presente en algo agradable? No discuto que esos tonos se usen entre esa falsa aristocracia bostoniana, pero solamente en determinadas ocasiones y en una frase aislada, no constantemente. Además, esos tonos, al pronunciarse en castellano, pierden su origen y se convierten en algo risible e inadmisibles. Como actriz profesional que eres, obedeciste al señor Dimitrio Sarrás, quien ya debe muchas malas direcciones, pero hábilmente lograste escapar al escarnio de que hubiera sido víctima cualquiera otra actriz con menos recursos, haciendo olvidar al público esos tonos para fijarlo en tu actuación,

en tu vida interna, en la personificación absoluta y plena de Blanche Dubois. Tu inteligencia olvidó también una absurda puerta inexistente que se habría o se cerraba según recordasen o no hacerlo los demás actores, pero que la mayor parte del tiempo la cruzaban como ectoplasmas.

Has triunfado, querida amiga Beatriz, en mí. Puedes estar satisfecha de ello, porque soy uno de los personajes más complicados y difíciles que hayan salido de la imaginación de un autor dramático. Has demostrado que eres también Actriz. Fedra, que está a mi lado ahora mismo, me dice te sugiera la interpretes a ella. Creo que es una buena sugerencia. Te mando mis parabienes y un fuerte abrazo, rogándote los hagas extensivos a Mónica Serna, quien es la única persona de las que te rodean, que te da la réplica justa. Las demás sólo tienen buenas intenciones, pero a falta de director, no las lograron.

*Blanche Dubois*

10 de agosto de 1969

CARTA DE VARIOS AUTORES A LOZANO DANA

Estimadísimo señor:

Jacintillo Benavente, cuyo espíritu gusta aún de recorrer la mayor parte de los teatros de la Tierra, llegó muy agitado ante nosotros una noche en que tocaba sesión y presidía los debates el ilustre autor italiano Darío Nicodemi, sirviéndole de secretario el también italiano y también ilustre don Gabriel D'Anunzio. Esa noche se discutía si iba a ser o no admitido en nuestra Asociación, cuando le toque venir a estas regiones, al autor mexicano Luis G. Basurto. Estaba en uso de la palabra, para apoyar el ingreso a discusión, don José María Pemán, cuando el siempre inquieto Jacintillo irrumpió como una tromba y pidió al presidente el uso de la palabra con carácter de urgente. Nicodemi sonrió y pidió disculpas a Pemán, quien persignándose, interrumpió su monólogo lleno de citas teológicas y fue a sentarse a la nube que le servía de